



Recuerdos del pasado y del presente

Por Anne Pedersen y Per Kristian Madsen y con la asistencia de Xenia Pauli Jensen

La arqueología, la ciencia que estudia lo antiguo, impregna el trasfondo del cuadro de Su Alteza Real la Reina que levanta la mirada de sus estudios arqueológicos. No pertenecen a su propia colección, sino que son los resultados de la investigación de otros, publicados en algunos de los libros que aparecen en la imagen. Sólo podemos conjeturar de qué se trata más concretamente y qué es lo que ahora mismo tiene absorta a la Reina. En cambio, el cuadro recoge ejemplos de hallazgos arqueológicos de interés central y de monumentos del pasado.

En primer plano, sobre la mesa, resplandece un misterioso cascabel dorado y agrietado. Por lo que sabemos, en su día colgó del pecho de un caballo que sirvió a un caballero del lejano pueblo asiático de los sármatas. Probablemente el cascabel tenga su origen en Crimea o en el Cáucaso, pues se conoce de los sepulcros de los sármatas, y data del siglo II después de Cristo. El cascabel, al que en la actualidad le falta la parte que producía el sonido, probablemente una bolita de hierro, debió en su día emitir su peculiar tañido a lo largo de miles y miles de kilómetros, pues fue encontrado en Dinamarca, más concretamente entre las decenas de miles de hallazgos hechos en el lugar de sacrificio de la turbera de Illerup Ådal. Es uno de los objetos hallados que llegaron aquí desde tierras lejanas, tal vez porque un buen día unos mercenarios sármatas cabalgaron hacia el oeste y a través de su contacto con el ejército del Imperio Romano trajeron de su patria los cascabeles y su sonido a nuevos mundos. A lo mejor, una vez en Dinamarca, siguió adornando un corcel, o quizá pudo brillar y tintinear desde algún otro lugar. Finalmente el cascabel acabó entre el equipamiento romano del grupo miliciano cuya derrota en el este de Jutlandia llevó a que el cascabel, junto con tantos otros objetos, fuera arrojado a las aguas turbias del pantano como sacrificio de gratitud a los dioses que habían dado la victoria a los lugareños. La bola tintineante del cascabel desapareció, mientras que su cuerpo fundido en bronce salió a la luz durante las excavaciones del Museo de Moesgaard. Fascinó hasta tal punto a Su Majestad la Reina que hubo que incluirlo como símbolo de la capacidad de la arqueología para mostrarnos a todos cómo las creaciones de regiones lejanas llegaron a Dinamarca en todas las épocas como parte de los intercambios culturales y comerciales entre países.

Jørgen Ilkjær: Ofrenda de armas del botín de guerra en Illerup Ådal, i: Laursen, J. (red): La Reina Margarita y la arqueología, Højbjerg 2010, pág. 161-167.

Detrás de Su Alteza Real todo gira en torno a Jelling, el más ilustre entre los monumentos nacionales de Dinamarca, en su origen levantado por y para «...el Harald que conquistó toda Dinamarca y toda Noruega y convirtió a los danos en cristianos.» Así reza el epígrafe del rey Harald Blåtand en la gran piedra de Jelling: como una fanfarria inmensurablemente orgullosa. Sin duda, Harald y sus contemporáneos debieron de pensar que con esto ya estaba todo dicho, y de haber sido todo mentira y exageración, es probable que en aquella época no hubiera salido bien parado. Sin embargo, hoy en día los arqueólogos y los historiadores siguen discutiendo enérgicamente sobre cómo debió de ser todo aquello, si realmente fue así y qué significó en realidad Jelling para el rey. La discusión lleva perpetuándose al menos desde principios del siglo XIX, momento en el cual se empezó a excavar el túmulo real septentrional de Jelling, y es poco probable que, a estas alturas, se resuelva.

Para Harald Blåtand todo estaba claro, planificado y programado. Ya su padre, Gorm el Viejo, había dado la tónica con la inscripción en la pequeña piedra de Jelling: «El rey Gorm irguió estas piedras en honor a su esposa Thyra, orgullo de Dinamarca». Así pues, cuando Harald empezó el texto de su propia piedra, casi parafraseando el de su padre, debemos creer que dio por supuesto que el lector conocería la piedra de su antecesor cuando escribió: «Harald Rey ordenó...» El giro en sí, que el rey ordenó, nos da una idea del papel del rey. La tradición estaba en su sitio, y sus elementos pueden seguirse a través de la historia de la edificación de los monumentos de Jelling, desde aproximadamente mediados del siglo X hasta principios del siglo XII. Como si se tratara de un palimpsesto hay pasajes del texto que fueron más o menos borrados y otros que fueron añadidos sobre el antiguo, aunque se mantuvo su sentido original, por mucho que no sea del todo claro en todos sus detalles.

Para los antiguos todo fue más fácil. Los historiadores Svend Aggersen de aproximadamente 1185 y Saxo, de alrededor de 1200, conocían ambos los monumentos de Jelling. Escribieron brevemente sobre la última morada del rey Gorm y la reina Thyra, los dos túmulos, y sobre la iglesia que había entre ellos, aunque nada dijeron sobre piedras rúnicas ni sobre nada digno de mención. En cambio, a finales del siglo XVI las piedras rúnicas despertaron el interés de los anticuarios. Un grabado amenudo reproducido de 1591, que hay que agradecer a Henrik Rantzau por su contribución a la divulgación de los monumentos del pasado, reproduce la situación: la iglesia entre dos túmulos y la gran estela rúnica con su texto y sus imágenes.

En tiempos de Christian IV, Caspar Markdanner fue gobernador civil de Koldinghus. Fue quien en 1586 se ocupó de que se desenterrara y enderezara la gran estela rúnica para que luciera como era debido. En 1704, durante el reinado de Federico IV, se dio algún que otro paso para poner en marcha las excavaciones en Jelling, pero no fue hasta que el pozo en lo alto del túmulo septentrional se secó y los agricultores de la ciudad perdieron su buena agua potable que realmente se hicieron progresos. Los variopintos hallazgos que hicieron los agricultores, maderamen, plumas y plumón, dieron pie a excavaciones regulares en 1820-21, momento en el que se descubrió por primera vez la cámara funeraria de madera en el interior del túmulo septentrional. Hubo unanimidad en cuanto a que se había encontrado la tumba de la reina Thyra, pero ni entonces ni ahora se ha podido confirmar quién yació allí. Porque el sepulcro había sido vaciado. Los estudios dendrocronológicos actuales han revelado que la cámara funeraria y el túmulo estuvieron listos en 958-59 y que probablemente fueron asaltados con el propósito de eliminar su contenido en la década siguiente.

Con ello entramos en el reinado de Harald Blåtand, que se inició con la muerte del padre, y se presume que fue precisamente él, el rey Gorm, quien recibió unas muy distinguidas exequias en el túmulo gracias al empeño que puso su hijo en erigir una conmemoración real en honor a su padre y a su stirpe. Nada sabemos acerca de la pequeña estela rúnica, aunque es posible que estuviera incluida en el plan inicial como parte de un monumento anterior, concebido por el mismo rey Gorm: un imponente barco de piedra con la estela rúnica en honor a la reina Thyra en la proa.

Sin embargo, Harald quiso y conquistó mucho más, y es el rastro de su reforma y ampliación del monumento de Jelling que aparece en el lado derecho del cuadro, desde la perspectiva del espectador, recordándonos que tal vez no todo, pero casi todo empezó en Jelling. El cuadro reproduce en capas superpuestas los hallazgos arqueológicos y los monumentos a la creación de la monarquía danesa que todavía hoy se conservan.

Harald y su corte debieron de estar poseídos por una particular fascinación por la precisión y la geometría que él supo aprovechar, no sólo para la construcción de instalaciones prácticas relacionadas con el poder, como podían ser sus grandes fortalezas circulares, con sus manzanas formadas por casas comunales –Trelleborg, Fyrkat, Aggersborg, Nonnebakken y Borgring– y para construir un puente sobre Vejle Ådal cerca de Raving, sino también para erigir un majestuoso e ingeniosamente concebido monumento al poder y a la stirpe en Jelling. Sólo podemos conjeturar si se escondía algo más tras la elección del lugar que la actividad del rey Gorm allí, pero es perfectamente concebible que su stirpe y la de Harald tuvieran profundas raíces en la zona. Harald tomó el supuesto sepulcro de Gorm en el túmulo septentrional como punto de partida para la construcción de un gigantesco cercado, una empalizada en forma de rombo con una longitud de trescientos sesenta metros y construida sobre una cruz de brazos iguales y perpendiculares cuyo centro lo conforma precisamente la cámara funeraria del túmulo septentrional. La superficie del rombo es de 12,5 ha, una inmensa plaza que de hecho podría contener toda Aggersborg o, ya puestos, ni más ni menos que nueve fortalezas del tamaño de Fyrkat. No es, desde luego, una comparación fortuita, pues detrás de tanto la empalizada como de las dos fortalezas de Jutlandia debió de haber una unidad de medida común. Además, las pocas casas comunales que se han encontrado en la zona de la empalizada se corresponden más o menos a las que en su día hubo en Fyrkat. La pequeña variación existente parece indicar que las casas de Jelling pueden haber servido de modelo para las casas comunales. Además, las instalaciones son prácticamente contemporáneas, las fortalezas de Trelleborg y Fyrkatestán datadas dendocronológicamente alrededor del año 980 mientras que la empalizada en Jelling puede ser ligeramente anterior. Así pues, las fortalezas y la empalizada no fueron necesariamente el requisito en sí para que Harald pudiera conquistar Dinamarca, sino quizá un elemento destinado a la sujeción del país y a su defensa contra enemigos de fuera. Seguramente el clima político de entonces permitió que el rey Harald pudiera evaluar los recursos y la mano de obra para sus imponentes construcciones.

Los monumentos de Jelling fueron complementados con otro túmulo real, aunque éste sin tumba, en el sur, dispuesto sobre la punta meridional del antiguo barco de piedra, de manera que su incorporación directa fuera absolutamente visible. Así pues, no podemos hablar de una eliminación completa del barco de piedra. Y precisamente en la línea central que atraviesa el barco de piedra y que discurre entre los dos túmulos sepulcrales se colocó entre los años 963 y 965 la gran piedra de Jelling, con su proclamación del poder de Harald y de la cristianización del país, exactamente en el lugar donde todavía hoy se encuentra. Por lo tanto, la piedra rúnica ha estado oculta a todo el mundo fuera de la empalizada, aunque junto con el túmulo septentrional fuera a su vez un punto central de orientación para todo aquel que se adentraba en la zona. ¿Tal vez fuera ésta la razón para su levantamiento? Para que permaneciera como conmemoración de algo que tuvo lugar dentro de los límites de la empalizada. Así, se había

creado un espacio para algo especial que difícilmente tuvo lugar más de una sola vez o muy pocas veces. Dentro de los límites de la empalizada, Harald pudo haber recibido el homenaje como indiscutible rey cristiano por parte de los grandes señores de su reino unido y, al igual que el hijo de Gorm y parte de su estirpe, como fundador de la dinastía que el hijo de Harald, Svend, y los hijos de éste, que supieron conducir el Imperio del mar del Norte hasta lo más alto. También el rey Svend Tveskæg, «Barba Ahorquillada», pudo ver ratificado su poder aquí gracias a la conquista por medio de la guardia del rey y los grandes señores, cuando sucedió a su padre utilizando medios más o menos violentos. Sin embargo, la empalizada no se mantuvo en pie por mucho tiempo. Nada parece indicar que se realizaran reparaciones o demás obras de mantenimiento, y tal vez simplemente se arrancaran sus estacas a medida que el rey y su nueva fe se afianzaban en el país.

En tiempos de Harald, cualquiera que visitara Jelling, residiera o no Harald allí en aquel momento, llegara del norte o del sur, debió de reparar en la empalizada en la llanura de Jelling, tal vez en una versión vistosa, con enjalbegado y banderas flameantes, como una angulosa acentuación del poder del rey. Si llegaba desde el norte, por Hærvejen, el camino del Ejército, la impresión era ésta; y si llegaba como emisario del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en el sur, a través de la puerta de la muralla de Danevirke, cerca de Hedeby, por Hærvejen y cruzando el puente de Ravning que conduce a Jelling, todavía le esperaba el paseo a lo largo del extenso muro de la empalizada hasta llegar a una puerta. Por ahora sólo conocemos una, la puerta del lado norte de la empalizada, pero ¿no es de suponer que hubo varias que daban al lado sur de Hærvejen? Una vez que el forastero traspasaba la puerta tan sólo podía abordar con la vista el interior de la instalación, con su barco de piedra, sus túmulos y su gran plaza abierta, parcial y fragmentadamente. La visión limitada y el acceso controlado, en el que un nuncio era conducido dando sinuosos rodeos hasta llegar al soberano, es un truco hartamente reconocible de un ceremonial cortesano romano y bizantino; un truco o acto ceremonial que para los emperadores romano-germánicos del siglo X y sus hombres era una clara señal: he aquí el rey cristiano de los daños, Harald, sentado en su trono, de ello no cabía duda.

Es cuestionable que en los tiempos de Harald hubiera una iglesia en Jelling, aunque no es imposible. Probablemente fue Harald quien ordenó que los restos del túmulo septentrional fueran trasladados a una nueva cámara funeraria que fue desenterrada precisamente en el lugar donde posiblemente se encontraba la entrada oeste de la iglesia de piedra más antigua de Jelling. Sigue resultando tentador imaginarse la cámara funeraria como elemento de una edificación real, un pórtico o una iglesia, o tal vez más bien una combinación de ambos en este lugar y con la gran piedra rúnica a apenas unos metros de allí. Una demostración de la unidad del poder, la fe y la estirpe, al igual que el Emperador Carlomagno (muerto en 814), quien fue depositado en su sarcófago romano con el relieve del rapto de Perséfone y enterrado en la catedral de Aquisgrán, aunque no se sabe ciencia cierta dónde se halla la tumba. Todos los reyes y emperadores alemanes posteriores, sin embargo, tuvieron que fundar literalmente su poder sobre él al ser coronados en la capilla, sentados en el trono que se afirma que fue el de Carlomagno. Uno de ellos, Otón III, abrió la tumba de Carlomagno en el año 1000 y descubrió a su predecesor en un estado notablemente bueno y con la corona y el cetro. El paralelismo con lo que pudo haber sucedido en Jelling es patente, y en 1165 Carlomagno consiguió ser canonizado a instancias del emperador Federico I Barbarroja. El pensamiento que subyace es el mismo que en Jelling dos siglos antes, esto es, legitimar su gobierno a través de la unión del poder, la fe y la estirpe.